

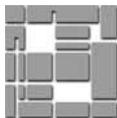
JOSÉ MARÍA CAÑAS BAÑOS

F atigando anaqueles de librerías de lance, puede darse que nos topemos con un ejemplar de aquellas novelas en boga con el destape, novelas que despertaban los instintos y la curiosidad de un público ayuno hasta entonces de tales experiencias lectoras. Sirvan títulos como *Las insaciables ninfomaniacas* (1975), *La rebelión de las muchachas* (1975), *La pervertida* (1977) o *Hembra de lujo* (1977), entre tantos otros, para hacernos una idea –literariamente hablando– de su contenido. A ello hay que sumar una voluntad pseudodivulgativa de tan grande como efímera acogida en las postrimerías de la década de los setenta –*Erotismo en el cine* (1976), *Guía sexual de la adolescente* (1976), *El matrimonio unido por el placer* (1977)–, cuyo máximo exponente, *La joya del sexo. El Kamasutra moderno*, ha sido reeditado en múltiples ocasiones hasta nuestros días.

Todos esos títulos, cuya paternidad en algunos casos viene asignada al Dr. Lorbais, quedan aglutinados por el nombre de un autor que se había ganado una cierta reputación en el mundillo editorial barcelonés con sus traducciones y creaciones, preferentemente de novela popular: José M^a Cañas. El éxito de que gozaron estas obras contrasta enormemente con la escasez de información que existe sobre el autor, que pasa desapercibido incluso por las páginas del *Diccionario Biobibliográfico de Escritores Riojanos*. Apenas si encontramos una referencia, firmada por Diego Marín para el diario *La Rioja*, en la que se exponen sucintamente los logros de este autor¹.

Su origen riojano –nacido en Logroño en 1926– pasa de puntillas en Barcelona, ciudad a la que había llegado tras un frustrado intento de arraigo en Madrid, buscando la fortuna del escritor y con una lista amplia de residencias en el

1. Diego Marín A., “José María Cañas y *Las insaciables ninfomaniacas*”. *Diario La Rioja*, 18 de enero de 2009.



extranjero, lo que le abrió las puertas como traductor. Sin embargo, es su labor como creador en la que perseverará –más de doscientos títulos avalan su entrega y dedicación–, a lo que contribuyen premios como el Ciudad de Barcelona. Así, ya en 1953 se había publicado su texto *Nubes y barro* (Luis de Caralt, 1953), novela de cierta ingenuidad y marcadamente apegada a ciertos cánones del realismo de la época. Y justo en ese 1953 encontramos en las páginas de *Codal* (nº 18) un breve y contundente relato que recuperamos aquí, “La muerte de los gatos”, en el que queda patente la perfecta asimilación de ciertos dejes del tremendismo, que había dejado su huella en la narrativa de los años cuarenta y cincuenta, con una cierta dosis de crítica social al uso. Un año más tarde, José María Cañas aportará un nuevo relato, “Cita en el café” (nº 21), que profundiza en los mismos derroteros.

Acaso el lector esporádico de una revista como *Codal* sobrevuela con cierta condescendencia los textos y nombres que han quedado en ella registrados. Sin embargo, relatos como el que aquí publicamos, a la espera de trabajos de mayor fuste que nos desvelen las tribulaciones y logros vitales de José María Cañas², nos muestran la existencia de un autor cuya obra conviene visitar y situar en su contexto, ya que constituye un claro ejemplo de la nómina de secundarios de mérito y, de paso, ejemplifica perfectamente las pautas de la evolución de la narrativa de postguerra.

2. Con fecha de 17 de octubre de 2011 se publica la noticia “Lo que la memoria no ha borrado” firmada por Miren Boronat y Pedro Mari Azofra en el diario *El Correo*, donde se informa de la biografía que está elaborando la pintora y amiga del escritor Felicidad Lacabe.

LA MUERTE DE LOS GATOS (CUENTO)

JOSÉ MARÍA CAÑAS BAÑOS

El fogonero del turno de la noche fue a lamentarse a la dirección de que las ratas no le dejaban dormir en los momentos que le quedaban libres después de atender el fuego de las calderas. El gerente, con el gesto tímido que le era peculiar, dijo en seguida que sí, que atendería el caso.

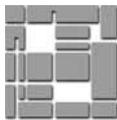
—Es que son gordas, como elefantes —ponderó el fogonero—. A lo mejor me arrean un día un bocado y se llevan una oreja entre los dientes. Y la oreja es mía, ¿comprende?

El gerente afirmó con la cabeza. De este modo quiso dar a entender que se hacía cargo de la gravedad que podría llegar a revestir la cosa. ¡Una oreja nada menos! Su semblante tomó una solemnidad casi de temor. Entonces, repitió que se tomarían las medidas oportunas. Pero luego, al quedarse solo, se puso a pensar en unas cifras aritméticas que él esperaba duplicar por aquellas fechas y ante tan considerable proyecto se olvidó del lamentable espectáculo que podría llegar a ofrecer el fosco fogonero con una oreja de menos. ¡Que se fuera al diablo el individuo! Sin embargo, luego sucedió que las ratas, en la imposibilidad de devorar uno de los apéndices del fogonero —ya se preocupaba él de evitarlo—, decidieron cebarse en las cañerías de plomo, royéndolas tenazmente.

Fue en estas circunstancias en las que se despertó el interés del gerente. Hay que comprender que las cañerías eran de plomo, y el plomo no lo regalaban así como así. Cuando se enteró, casi dio un brinco, y se puso a llamar al encargado. Le dijo que mandara traer gatos. “Una docena, si es preciso”. El encargado destacó a uno de los obreros para que marchara a conseguirlos aunque fuera en el fondo de la tierra.

—Traiga dos docenas. Aquí tiene un saco para que los meta. ¡De prisa!

El obrero, muy pianito —al fin y al cabo, ¿qué le iba a él en lo de las cañerías? ¡Que reventaran todas!—, se dispuso a desempeñar su cometido. Tanto



como dos docenas no le fue posible lograr, pero no se vino de vacío. Trajo dos ejemplares que se removían agitadamente dentro del saco. Y comentó, en las mismas narices del encargado:

–Esto es una tontería. ¿A quién se le ocurre traer gatos aquí? Las ratas se los comerán, y si no se los comen se morirán de hambre de todas las maneras.

El encargado no le hizo mucho caso. Le mandó que pusiera a los dos animales en libertad. El gerente se acercó para verlos. Casi se retorció las manos nerviosamente. “A ver, a ver”, dijo. Se le veía muy preocupado. El obrero volcó cachazudamente el saco y los dos gatos se lanzaron como flechas a esconderse en el primer revoltijo de chatarra que encontraron.

–Pero ¡qué gatos son estos! –replicó el gerente, totalmente defraudado.

–¿Y qué quería usted? –replicó el obrero–. No se pensará que los gatos que se crían en un solar están de lustrosos como usted.

–Pero por lo menos podían haber sido más creciditos –repuso, casi humildemente, el gerente.

–Pues no ha podido ser. Ya crecerán, si no se mueren antes. Aquí no durarán mucho, desde luego.

–¿Por qué?

–¡Ah!

En el pensamiento íntimo del obrero, este ¡ah! expresado tan ambiguamente significaba varias cosas. En primer lugar, significaba que él no estaba dispuesto a darles parte de su comida. ¡Y como el gerente era tan tacaño! Naturalmente, los demás obreros no se preocuparían de engordarlos tampoco. Con que, forzosamente, la muerte la tenían decretada por anticipado.

A pesar de todo, no se murieron por inanición. Se adaptaron pronto al nuevo ambiente. En unos cuantos días perdieron su inicial pusilanimidad y empezaron a acercarse confiadamente a los grupos que se formaban a la hora del yantar. Tenían una especial intuición para reconocer a los hombres de más bondad. Mimosamente se refregaban en sus pantalones y mayaban con acentos expresivos, demandando las espinas del pescado. Lo que menos hacían era aniquilar ratas. En principio tuvieron el loable propósito de cumplir con esta misión. En el mismo instante en que vieron ante sus ojos la primera rata se lan-

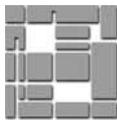
zaron en su persecución con una acometida admirable. Pero de pronto la rata se volvió, demostrando que estaba dispuesta a hacerles frente, y ellos dos, sin preocuparse de su dignidad gateril, volvieron grupas a toda prisa y no se pararon de huir hasta que se les agotó el nervio.

Eran, a pesar de todo, unos animalitos deliciosos dotados de la gracia juguetona de la especie. Dormían píamente. Bostezaban. Sus formas maduraban al compás del tiempo y en una absoluta ociosidad. Todo se les volvía ondular voluptuosamente los lomos y dedicarse con una sorprendente comezón de fuego al cabrioleo y a la diversión. Jugaban con la sombra de sus orejas, con un papel apelonado, con una bota vieja, con cualquier cosa.

El gerente hacía cálculos esperanzadores sobre su crecimiento, mirando de reojo las cañerías de plomo. Lo que no se le ocurrió es mantenerlos, porque, al fin y al cabo, hay que reconocer que la boyante prosperidad del negocio impedía a la atención relegarse en determinadas minucias. Los gatos se nutren con cualquier cosa: aire, humo, polvo de la calle, con cualquier cosa.

En cambio, una peseta no engorda tan sencillamente. Y, bien mirado, los obreros, por ser incapaces de triturar las espinas del pescado no tendrían más remedio que arrojárselas a ellos.

Algunos lo hacían con verdadera sentimentalidad. A otros, en cambio, les ofendía verlos merodear con aquel aire de conmovedora modestia. Los más aviesos los llamaban con taimada dulzura y, luego de recogerlos con aparente amorosidad entre sus brazos, les clavaban en la sensible pelambreira la punta encendida del cigarro. Los gatos daban un bufido de dolor y se escapaban espantados, mientras ellos celebraban estas estampidas con grandes risotadas. Un día los arrojaron a la pila del agua; los animales, desatentados, se colaron en la oficina con los cuerpos chorreantes. El gerente, al verlos entrar en sus dominios de esta hechura, dio un bote y gritó pidiendo socorro. El escribiente, viendo la oportunidad de hacer méritos, se lió a escobazos con ellos y los infelices se escabulleron como pudieron. A veces daba la sensación de encontrarse en un mundo incomprensible. Esto se les transparentaba en la expresión de sus pupilas verdes e insondables. Cuando alguien se les acercaba, ellos se apartaban instintivamente. Gatos y hombres. Alguno suspiraba al verlos jugar: “¡quién fuera gato!” Y ellos le miraban con ojos de infinita tristeza, acaso porque tan malo es lo uno como lo otro.



Así andaban las cosas. Habían visto rebrotar una primavera y morir un invierno. Un día estaban en la calle correteando. Llegó un camión. Sonó un bocinazo. Nada. Las ruedas aplastaron al más tímido y sus ojos se quedaron vidriosos al momento. El otro se salvó casi de milagro. Todo asustado fue a refugiarse en un rincón. Más tarde apareció con un aspecto entre apocado y nostálgico.

Hubo alguien que dijo:

–Este se morirá también, porque añorará al otro.

Entonces, el más viejo de los obreros se le quedó mirando al mismo tiempo que asestaba un tremendo bocado a un trozo de pan. El gato no miraba a los hombres. Se fue a donde solían dormir, y se tumbó con mucha lentitud.

Se quedó inmóvil, como hecho de granito. Sólo había vibración en sus ojos. Al día siguiente los tenía más débiles. Le habían puesto comida, pero él no parecía darse cuenta de ello. Diríase que estaba hundido en una profunda y extraterrestre meditación. Una voz pronunció:

–El gato se está muriendo.

–Pues que se muera. También tendremos que morirnos nosotros.

–¿Y qué hacemos con él?

–Tirarlo a la calle.

Uno agarró una pala y enganchó en ella el cuerpo miserable del gato. Lo paseó por el taller. Un trapo. Un jirón. Nada. Un cero. Abrieron la puerta de un horno. Dentro era todo rojo, rojísimo. El gato cayó sobre las brasas y el fuego prendió en su piel. Unos ojos. Un vacío. Nada. El que lo había tirado se reía. Era un hombre.